



La Santa Sede

***RADIOMENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN XXIII
CON MOTIVO DE LA CONSAGRACIÓN DE HONDURAS
A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA****

Domingo 16 de agosto de 1959

¡Amadísimos Hondureños! Gratia vobis et pax! ¡Gracia y paz a vosotros!

Hoy Honduras se ha consagrado a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, terminando así las Misiones en que las gracias del Cielo, como en nueva Pentecostés, se han derramado a torrentes sobre vuestras almas. ¡Felicidades, amadísimos hijos! «*Nunc facta est salus et virtus et regnum Dei nostri et potestas Christi eius*» (Ap 12, 10). Hoy Honduras ha dicho que quiere vivir en un ambiente jubiloso de cristianismo verdadero, que en el corazón de cada uno, en el santuario de todos sus hogares, en los estamentos de la sociedad entera hay un puesto para Cristo, para su ley. ¡Al Rey de los siglos, honor y gloria!

Tres cosas vamos a deciros en este saludo que confiamos a de la Radio. Vivid en gracia; preservad la santidad de la familia; mantened la unión y la concordia en vuestra sociedad.

La vida del hombre tiene un sentido cuando éste coloca a Dios como meta última de sus aspiraciones, pone como base su amistad con El y hace discurrir su andar diario por el cauce de sus mandamientos y deseos. Nos gustaría estar ahora ahí, en medio de vosotros, para mostrar a unos la página evangélica del hijo pródigo, a otros la escena de Jesús con los niños cuyos ángeles siempre ven a Dios, para repetiros el sermón de la Montaña... Vivid, os diremos solamente, la vida cristiana en toda su hondura y realismo. Nunca olvidéis la enseñanza fundamental de estos días: Jesucristo, con su sangre, nos ha traído del Cielo el supremo don de la gracia y «nos ha hecho merced de las más preciosas y ricas promesas para hacernos así partícipes de la divina naturaleza» (2Pe 1, 4).

Acercad cada día vuestros labios a los divinos manantiales de la vida sobrenatural y tomad el

alimento vital del alma que se da en los sacramentos, eliminando todo lo que impide eficacia o disminuye vuestro esfuerzo por conseguir los frutos de la Redención de Cristo. Que cada uno de vosotros se sienta como obligado a atraer al hermano alejado, a enseñarle a revalorizar la propia fe, a profundizar en una más consciente responsabilidad de sus exigencias, a saborear en pleno la grandeza del credo católico.

¡Santificad el hogar! La unión de los corazones que se mantiene con la fidelidad un día jurada ante el altar; la oración en común, particularmente el rezo del Santo Rosario; la cristiana educación de los hijos; el soportar los esposos mutuamente en el amor de Cristo los defectos e imperfecciones; ¿no será todo esto fuente de prosperidad y poderosa palanca que volcará sobre vuestras casas innumerables bienes y gracias, y tal vez la vocación religiosa o sacerdotal de que tanta necesidad hay en vuestra patria?

Unión y caridad entre todos. Solo al adaptarse el hombre al plan de Dios, la sociedad recobrará la serenidad, el bienestar, la paz. La Iglesia hace a los hombres volver sus ojos a la unidad llamándolos, de cualquier estirpe o condición social que sean, a que se unan con lazo fraternal en Cristo, en el Redentor que cada día con su sacrificio consagra a Dios Padre el género humano.

«La deseada salvación —como indicábamos en Nuestra primera Encíclica— debe ser principalmente fruto de una grande efusión de caridad, de aquella caridad cristiana que resume en sí misma todo el evangelio y que, pronta a sacrificarse por el prójimo, es el más seguro antídoto contra el orgullo y el egoísmo del mundo»; la caridad que suple, completa y vivifica las relaciones de justicia; la caridad y la bondad que son el mejor fruto del cristianismo.

El Señor, por medio de María Reina de la paz, bendiga a ese noble país, proteja a sus autoridades, con el Excelentísimo Señor Presidente de la República a la cabeza; asista con abundantes gracias al Episcopado, a los Misioneros, al Clero y al queridísimo pueblo hondureño. A todos, mientras alzamos el corazón y las manos al Cielo, impartimos Nuestra Bendición Apostólica.

* *Discorsi, messaggi, colloqui*, vol. I, pág. 418-420.